

lo que es en realidad. La sociología, aquella disciplina que estudia la sociedad, producto de la sociedad capitalista misma, al ser discutida, estudiada y argumentada por O'Neill, el autor se embriaga con su propia realidad restringida y, siente la necesidad de advertir al lector que su instrumento analítico, la sociología, no es tan omnipotente como él mismo lo iba imaginando. Aquí es fácil de comprender y percatarse quién es el engañado en este caso.

Esta misma manera de concebir a la sociología, e inclusive, de plantearla sugestivamente como algo más allá del propio objeto de estudio, la transpone O'Neill al cambio de la sociedad misma. O'Neill encuentra la necesidad de ver a la revolución cultural como algo que sólo los poetas y los artistas pueden lograr, ya que no se le puede cargar sólo a los marxistas y a los científicos sociales. (O'Neill, p. 56.) Nos preguntamos si esto acaso no es más que una muestra adicional del fetichismo hecho por O'Neill de la sociología, ahora en relación al sociólogo y al marxista: el prejuicio de fondo es que O'Neill piensa que son estos por sí solos los que pueden lograr la revolución cultural.

Lo que estamos observando es otro caso en donde los sociólogos dejan de estudiar la realidad de las relaciones sociales y comienzan por estudiar la realidad restringida de su propia disciplina en que trabajan, tomando a ésta como la realidad de toda la sociedad civil a veces. En vez de estudiar a la sociedad, hablan de sociología reflexiva, sociología radical, sociología militante, sociología marxista, entre varios otros términos igualmente seductores para el lector descuidado. La disciplina, para ellos, en vez de ser el instrumento interpretativo, se convierte en la realidad misma. Lo más importante de estos señalamientos nuestros es que debemos estar conscientes de esta deformación que es el estudio llamado la sociología de la sociología

(o sea, sociología reflexiva), donde se concibe de hecho el estudio de una parte de la realidad.

Finalmente, los comienzos de una así llamada sociología reflexiva, si es que aceptáramos esta idea, estriba en la necesidad de estudiar la realidad misma de la sociedad capitalista. El estudio de sus síntomas, o sea de una de sus manifestaciones, como lo puede ser la sociología, arroja discusiones o bien demasiado académicas como las de O'Neill o bien demasiado filosóficas o valoristas como las de A. W. Gouldner. No existe tanto la necesidad de una sociología reflexiva, como dicen O'Neill y Gouldner, sino que se requiere suplir sociología de la sociología por el estudio dialéctico de la sociedad y las relaciones sociales. De ahí que no existen varias ni muchas sociologías, con sus distintos calificativos, sino que existe tan sólo un campo de estudio: las relaciones sociales. Y esto se hace en términos no de resolución de conflictos, sino en términos de revolución y cambio.

C. W. Johnson G. C.

Nguyên van Chiên: "La Démocratie en Afrique". *Cahiers Zierois d'Etudes Politiques et Sociales*. Presses Universitaires du Zaïre. Avril, 1973.

Nguyên muestra que, en la actualidad es imposible establecer en tierra africana una "democracia a la occidental"; pero, también, demuestra en forma convincente, que los países africanos no han renunciado por ello al ideal democrático si bien la solución que han adoptado de momento puede parecerles a muchos riesgosa, proclive al autoritarismo... La enseñanza es, en último término, mucho más amplia de lo que el autor pretende, para África y para lo político: lo que distintos pueblos de

la Tierra pueden y deben compartir son ideales comunes de mejoramiento humano, en tanto que sus condiciones físico-geográficas, económico-políticas, socio-culturales les obligan a rechazar una uniformización institucional (copia de instituciones) que ni se adapta a su especificidad y atenta contra la misma.

Van Chiên señala que esas jóvenes naciones africanas son países en transición entre lo tradicional y lo moderno, entre el coloniaje y la vida independiente, entre la economía cerrada y la economía de mercado.

Cuando esos países se independizaron formalmente de sus metrópolis, la "democracia a la occidental" ejerció sobre ellas su influjo prestigioso, deslumbrándolas, haciéndoles cometer el error de propiciar un pluripartidismo que, si en otras latitudes permite o el juego democrático de alternancia gobierno oposición y, en algunas otras, su apariencia, en África no podía sino conducir a la atomización y al caos. Entre 1958-1965, en la antigua hacienda africana del rey de Bélgica surgieron cuarenta partidos, y en el conjunto de un continente que se disputaron como perros hambrientos los colonizadores europeos, proliferaron doscientos.

La nula educación cívica y política del coloniaje europeo en el seno de pueblos en que el colonizador proclamaba orgullosamente que "estaba descargando la tarea del hombre blanco" se reveló inmediatamente después cuando "en el seno de esos parlamentos [africanos] se dieron siempre los mismos espectáculos: disputas estériles y competencias deshonestas", cuando "en el Senado y en la Cámara de Representantes se producían escenas horribles que socavaban el prestigio y la dignidad de esas instituciones". A raíz de la independencia africana se puso de manifiesto que el europeo había llegado y había unificado mecánicamente, para fines administrativos de dominación, a un conjunto de

tribus que no tenían nada o casi nada en común y que, al salir, poseían viejas y nuevas animosidades y una denominación común en la cartografía elaborada en los centros de poder. Cada representante luchaba, así, en los cuerpos colegiados por los intereses de su tribu, de su familia y el injerto parlamentario sólo llevaba a una "legalización del tribalismo", una partida más de una larga historia que muestra que "el hombre occidental de hoy" debería presentarse con humildad y vergüenza ante cualquiera de los otros seres humanos.

El injerto no prendió: el cuerpo aún sano de Africa lo rechazó prontamente. En occidente —más precisamente, en Inglaterra— el parlamentarismo puede funcionar porque es él mismo y su historia, y su educación del pueblo; porque es sistema político y es sistema de vida social. Fuera de ahí, es una planta sin raíz. Y, en Africa, en cambio, había otras raíces; otros primordios de desarrollo que podían y debían desarrollarse.

Muchas de las sociedades africanas anteriores a la dominación europea tenían una tradición en la que había un mandatario "sagrado y, en cierta forma, divino" pero, también poseían una forma de democracia propia: la que van Chiên llama "la democracia aldeana"; aquella en la cual la regla era la unanimidad; unanimidad de los notables de la aldea reunidos para la discusión bajo el "árbol de las palabras", monumento tan digno de admiración como "El Parlamento" de Londres; un testimonio más, para quien sabe ver por debajo de formas burdas nobles contenidos, para quien no puede sino indignarse ante cierto documental belga que mostraba despectivamente el culto de los africanos por el pangolín, negándose a ver, por debajo de esa materia, el símbolo. Porque, se trata de contenidos profundos y nobles que, en

su miseria y atecnia fueron capaces de desarrollar los habitantes de la selva y que, en muchos casos, pueden oponerse con orgullo al desarrollo de las tendencias neuróticas, sádicas y masoquistas de pueblos ultra-civilizados, que han perdido en cambio, el sentido de lo humano, fundamental.

Instituir una democracia parlamentaria o incluso un régimen presidencialista a la estadounidense pero con su aparato de "sufragio popular" sería, hubiera sido, comenzó a ser un modo de enmascarar las más hondas realidades africanas en donde, las masas no votaban sino "de acuerdo con los votos de una minoría de jefes tradicionales y de agitadores de nuevo estilo". Se trata de nuestro viejo alegato en contra de la extensión "formal de" la ciudadanía" en México; otorgar graciosamente la ciudadanía a las mujeres mexicanas, a los jóvenes de dieciocho años puede tener muchos sentidos diferentes: pudo ser positivo, si antes se había preparado ya a esos nuevos ciudadanos para el ejercicio *consciente y responsable* de su derecho y para el reconocimiento de su *deber* ciudadano; pudo ser un hecho neutral por el que se agregaron nuevos sumandos a una estadística electoral, para hacerse la vana ilusión de que progresaba la democracia mexicana; pudo ser —y quizás esto fue lo que resultó efectivo— un hecho negativo en cuanto sólo se arrojó más carne a los perros; en cuanto se constituyeron nuevas falanges más sugestionables, más fáciles de manipular por esos jefes tradicionales y "leaders" de nuevo cuño de que nos habla van Chiên.

El resultado de hecho es que, actualmente, todos o casi todos los países africanos "han adoptado el régimen de partido único o partido dominante, fundado sobre el concepto del centralismo democrático de las aldeas". Y esperamos que esta cita no haga que se nos interprete como acarreadores de agua

para el molino priista, así hayan sido otros —ni nosotros ni los priistas ni los africanos sino los ingleses— quienes hayan dicho en determinado momento, que quizás el paradigma para África no fuera el parlamento inglés ; sino el PRI mexicano!

De este modo, para leer las siguientes páginas de van Chiên, debe comenzarse por precaver en contra de un traslado sin más del lenguaje político africano al lenguaje político mexicano: aunque al traer sus palabras a México se hable de partido único, de partido revolucionario... etcétera, ni quitamos ni ponemos rey —por lo menos hoy— en cuanto a si el PRI, partido único, sigue siendo partido revolucionario o ha dejado de serlo... sobre si entre nosotros ha llegado a ser oportuno o no el pluripartidismo... sobre si los que se ostentan como partidos lo son o no... sobre si nos estamos enfrentando o no a pugnas de grupos por el poder que, en realidad, carecen de un sólido y defendible programa político.

Van Chiên trata de enmarcar el unipartidismo africano en el conjunto más amplio de los sistemas políticos actuales, y señala que hay tres tipos de régimen que se oponen al constitucional pluralista, de los cuales, el primero (el portugués de Salazar) se opone más al pluralismo que a la constitucionalidad; el segundo (el nacional-socialista de Hitler) al pluripartidismo y a la constitucionalidad y el tercero (el comunista) que "suprime la pluralidad de partidos, pero, lejos de renegar de las ideas democrático-liberales, pretende realizarlas eliminando la competencia entre los partidos... al firmar que los regimenes [pluripartidistas] no son sino el *camouflage* de la oligarquía capitalista".

Los países africanos van eligiendo su propio camino, en cuanto actualmente se oponen también al regimen pluralista "porque tienen necesidad de un poder fuerte, para superar todas las dificul-

tades legadas por el colonialismo, el tribalismo, el regionalismo y la feudalidad". A nadie escapa el peligro de autoritarismo y aún de despotismo que esto representa SI ese poder fuerte, capaz de eliminar la anarquía, no está inspirado por un elevado sentido moral: SI no trata de realizar un programa que sea auténticamente progresista, en sentido humano, y no concedido para beneficio de unos cuantos ya que, en este caso, es poca la ganancia que se obtiene en cuanto se ha sustituido al explotador de fuera por el explotador de adentro.

Para tomar esta decisión, los africanos se preguntan retóricamente: "¿Vamos a dejar que gentes que ayudaron al régimen colonial... vengan a amenazar nuestra independencia?". Ellos mismos se reconocen amenazados (la sombra del traidor katangés que sólo puede exorcisar el mito del "joven abuelo Lumumba"); amenazados por una minoría antipatriota, que les impide "permitirse las delicadezas que las viejas democracias pueden permitirse porque ha habido generaciones enteras que las han hecho posibles".

Las dificultades para el surgimiento de la democracia en África son de política internacional, son de política interna, lo son de educación, pero también lo son de tecnología y economía; dependen, como decía N'Krumah, de "la terrible limitación de una población que carece de conocimientos técnicos y científicos y a la que le falta por completo una industria básica".

Frènte a esos problemas, el propio N'Krumah usaba los mismos argumentos que "Robespierre ante la Convención", y Sekú Toure proponía otros parecidos para justificar el régimen de partido único al concebir a la sociedad como "reformada de individualidades, que engloba cualidades y defectos hu-

manos, elementos de progreso y de regresión, virtudes y vicios; entidad heterogénea que, para progresar, dispone de las facultades y capacidades de los seres que la constituyen y que debe defenderse contra todo aquello que, en su seno, la amenaza o atenta contra sus intereses permanentes".

El propio Ahmed Sekú Touré ha señalado, en relación con el partido único, que "El Partido destierra el 'democratismo' sin moralidad ni fundamento histórico que, con la máxima frecuencia, reserva las mayores oportunidades a las fuerzas más nocivas, al elegir la vía del liberalismo hipócrita".

Externamente, el partido único de los africanos se parece, conforme al análisis de van Chièn, al partido único de los países socialistas, y si bien es revolucionario y militante, la ideología del partido único africano no es necesariamente igual a la ideología del partido único soviético pues, según sus apuntes, mientras la finalidad última de éste es la instauración de una sociedad sin clases, la de aquél es la de la "creación ue nuevas naciones".

El centralismo unipartidista africano intenta dar a la democracia de aldea una dimensión nueva al constituir una especie de Consejo Nacional de Notables, pero, además, se inspira en fines definidos claramente por el paradigmático "Partido Democrático de Guinea" que dice buscar: la liberación total de la Patria africana; la emancipación de África y la afirmación de su personalidad; la rehabilitación de la cultura y el arte africano; la restauración y desarrollo de la economía africana; la felicidad, la prosperidad y el progreso del pueblo; el logro de la Unidad Africana y, la edificación de un mundo de justicia social, progreso democrático y paz.

Oscar Uribe-Villegas